

hecha por el mismo Colón de la carta escrita por Toscanelli al canónigo Fernando Martínez, que se hallaba en Lisboa al servicio del rey de Portugal; la traducción de esta carta, hallada en la Biblioteca Colombiana de Sevilla, ha sido hecha por Nuge y dice así:

«Al canónigo Fernán Martíns de Lisboa envía el físico Pablo (Toscanelli) su saludo. Me ha sido tanto más grato tener noticia de tu privanza con S. M. el rey, cuanto que ya hablé contigo anteriormente de una ruta marítima más corta á las tierras de las especias que la que pasa por la Guinea. El rey desea, pues, de mí una explicación más palpable y convincente para que pueda comprender esta ruta el hombre menos práctico. Bien sé que esto puede demostrarse en una esfera que represente la Tierra; pero á pesar de esto, me he decidido para facilitar la comprensión, y por el insignificante trabajo que causa, explicar esta ruta en una carta de marear, y remito de consiguiente á S. M. un mapa construído por mí mismo, en el cual se encuentran trazadas vuestras costas é islas, desde las cuales arranca la ruta dirigida constantemente á Oeste, así como los puntos á donde precisamente se ha de llegar, las distancias hasta el Polo y hasta el Ecuador, y la que se ha de recorrer, es decir, cuántas leguas se han de navegar para llegar á los puntos donde se halla la mayor abundancia de todas las especias y piedras preciosas. Y no os admiréis que yo llame *occidental* la región donde se encuentran las especias, aunque se llama por lo común oriental; porque estas regiones se encuentran siempre con expediciones marítimas por el hemisferio inferior dirigidas al Oeste, mientras que por tierra se encuentran en el hemisferio superior yendo siempre hacia el Oriente. En este supuesto las líneas horizontales trazadas en el mapa indican las distancias de Este á Oeste, y las transversales las distancias de Sur á Norte. He notado en el mapa diferentes lugares á los cuales podéis llegar según noticias más exactas de las navegaciones, ya sea que vientos contrarios ú otras circunstancias lleven los buques á otros puntos que los propuestos, ya sea para hacer ver á los habitantes que (los navegantes) tienen ya noticia de su país, lo que (les) ha de ser más agradable, pues que en las islas sólo viven comerciantes, ya que se asevera que sólo de Zaitón, el puerto más célebre, parten anualmente 100 buques grandes con cargamento de pimienta, sin contar los demás buques que cargan otras especias. Aquel país es muy populoso y abunda en provincias, Estados é innumerables ciudades, todos sometidos á *un solo* príncipe, llamado *Gran Khan* (Kahán), lo cual significa rey de reyes. Su residencia y capital están por lo general en la provincia de Cathay. Sus antecesores habían deseado entrar en relación con los cristianos, y hace más de 200 años que enviaron al Papa embajadas solicitando un número de doctores para instruirlos en la fe; pero éstos encontraron obstáculos en

el camino y volvieron atrás. En tiempo del papa Eugenio vino uno á ver á este papa y confirmó la buena disposición para con los cristianos, y yo mismo tuve una conversación con él sobre muchas cosas, sobre los palacios reales, las dimensiones de los ríos, su anchura y maravillosa longitud, la multitud de ciudades en sus orillas, habiendo en uno más de 200 ciudades con puentes de mármol, adornados en todas partes con columnas (1). Este país merece ser visitado por los latinos, no solamente porque de allí pueden sacar inmensos tesoros de oro, plata y piedras preciosas de todas clases, y de especias que nunca vienen acá, sino también para conocer sus hombres doctos, filósofos y astrólogos experimentados, y el talento y espíritu con que este grande y poderoso país es gobernado, y con que se hacen también guerras.—Florencia 25 de junio de 1474.»

Es indudable que para la mejor comprensión de la por desgracia hasta el día no encontrada carta geográfica de Toscanelli, va agregado al escrito el siguiente apéndice:

«Desde Lisboa al Oeste se han trazado en el mapa 26 espacios ($26 \times 4 = 104$ grados), cada uno de 250 miliarias, hasta la muy grande y magnífica ciudad de Quinsay, que tiene un perímetro de 100 miliarias y 10 puentes. Su nombre significa (según la explicación errónea de Marco Polo) ciudad del cielo, contándose muchas cosas maravillosas de ella, de la multitud de artistas y de las rentas (que da al rey). La distancia citada importa casi la tercera parte de toda la tierra. Aquella ciudad está en la provincia de Mangi próxima á la de Cathay, donde está la capital del soberano. De la conocida isla Antilia hasta la célebre isla de Cipangu hay 10 espacios (40 grados). La primera es muy rica en oro, perlas y piedras preciosas, y los templos y palacios se cubren allí de puro oro. *Así, se ha de atravesar el espacio del mar por rutas desconocidas pero no largas.*»

La carta marítima de Toscanelli que acompañaba á la manuscrita para que mejor se comprendiera su proyecto no ha sido encontrada, como ya dejamos indicado; pero con el fin de que el lector pueda formarse una idea aproximada de ella, reproducimos una reconstrucción dada á luz en el año de 1867 por la revista geográfica contemporánea titulada *El Extranjero*.

Esta demuestra que Toscanelli participaba de la misma opinión que Martín Behaim ha demostrado en su célebre globo terráqueo, de que las partes orientales de Asia se hallaban, á proporción, á no muy lejana distancia de Europa; pero de la existencia de una nueva parte del mundo completamente desconocida no tenía la menor idea ni el más lejano presentimiento. Sabido es que el mismo Colón creyó toda su vida que no

(1) Quizá alude al viajero veneciano Nicolás Conti.

había hecho más que hallar la India por el camino occidental, mas no que hubiese descubierto un nuevo Continente.

Que Toscanelli y Colón opinaban lo mismo respecto á la posibilidad de llegar á la India haciendo una travesía por el Occidente, demuéstalo todavía más una segunda carta del primero al célebre marino, y en la cual le decía lo siguiente:

«Alabo vuestra intención de navegar al Oeste y estoy convencido de que, conforme habéis visto ya en mi mapa, la vía que os proponéis no es tan difícil como se piensa; muy al contrario, es enteramente seguro el camino á los países que he señalado en el mapa. No titubearíais si hubieseis tratado como yo con muchas personas que han estado en aquellos países, y estad persuadido de que encontraréis allí reyes poderosos, muchas ciudades y provincias populosas y opulentas que tienen abundancia de piedras preciosas de toda clase, y se alegrarán mucho los reyes y príncipes que reinan en aquellos lejanos países de que se les abra un camino para entrar en relaciones con los cristianos y hacerse instruir por ellos en la religión católica y en todas las ciencias que nosotros poseemos. Por esto y por muchos otros motivos no me admira que mostréis tanto valor, lo mismo que toda la nación portuguesa, que siempre ha producido hombres que se distinguen en todas las empresas.»

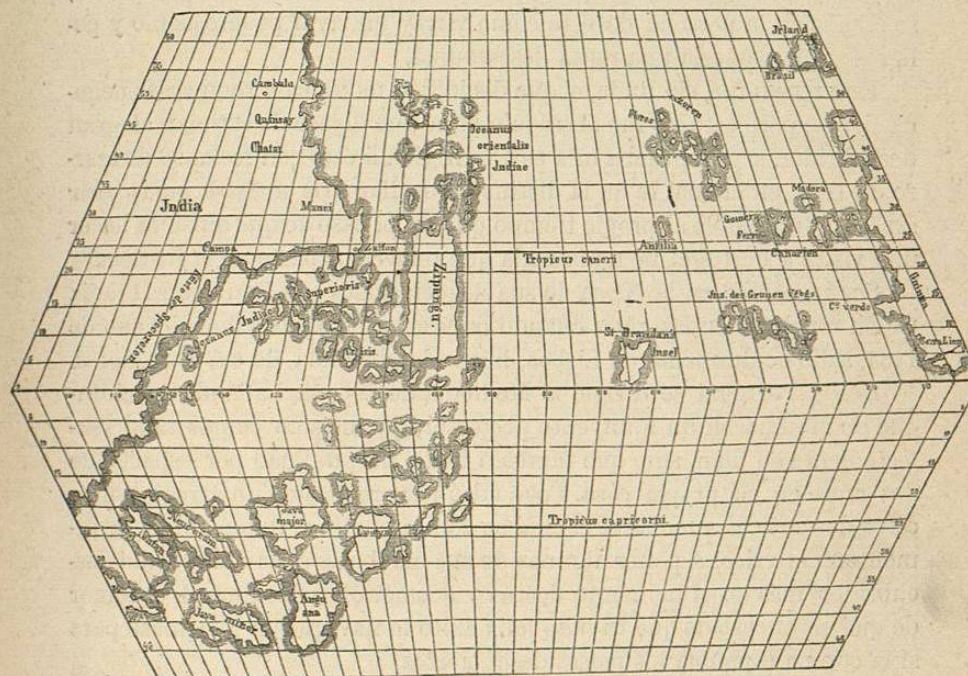
Por estas cartas está demostrado que á Toscanelli le corresponde indiscutiblemente la gloria de haber dado el más poderoso impulso al proyecto de Colón.

No puede precisarse con certeza cuándo hizo público el genovés su proyecto de llegar á la India navegando con rumbo á Occidente, y es indudable que necesitan aún confirmación documentaria las suposiciones de que Colón ofreció primero sus servicios á Génova, su ciudad natal, y más tarde á Venecia.

También estamos indecisos sobre la fecha en que presentó su plan al emprendedor y activo rey Don Juan II de Portugal, mas parece ser que fué por el año de 1483. El monarca sometió el proyecto á la aprobación de una comisión compuesta de numerosos y eminentes sabios, mas las opiniones de los historiadores difieren acerca del fallo de ésta, pues según unos, la comisión consideró la empresa de Colón como el sueño fantástico de un visionario al cual no debía prestarse oídos, al paso que Muñoz, en su *Historia del Nuevo Mundo*, presenta al rey de Portugal más favorable al proyecto, diciendo que á pesar del dictamen negativo de la comisión, lo había examinado imparcialmente reconociendo su mérito y habría hecho trato con Colón si éste no hubiese impuesto condiciones exageradas y nunca vistas en Portugal, aunque análogas á las que presentó después en España. Esta fué la única causa de que Portugal no aceptara el proyecto.

Nos inclinamos más á esta última versión, pues en primer lugar el rey Don Juan II, no sólo era hombre muy inteligente que en todas las cuestiones relativas á descubrimientos de lejanos países tomaba parte con el más vivo interés, sino que también, como ya hemos visto, pidió á Toscanelli aclaraciones directas acerca del proyecto de éste de una travesía occidental á la India.

Por otra parte, las exageradas condiciones que Colón impuso fueron



Carta marítima de Toscanelli
Según la reconstrucción hecha y publicada por la revista geográfica *El Extranjero*

causa, como más adelante se verá, de que la corona de España no aceptase sus servicios hasta después de haber transcurrido mucho tiempo y haber intervenido varios principales personajes.

El genovés reclamaba nada menos que: primero, el título de almirante para él y sus descendientes masculinos en todas las tierras que descubriese; segundo, ser virrey y gobernador general de los mencionados países, y esto con el privilegio de poder nombrar en todos ellos tres candidatos á su elección para gobernadores, entre los cuales elegiría uno el monarca; tercero, descontado su costo, pedía para sí la décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias y demás productos

y objetos que se hallasen, comerciasen ó ganasen en el territorio de su almirantazgo.

Estas pretensiones parecían más desmedidas á causa de que su plan no era el de hallar un Nuevo Continente con países, islas y productos desconocidos, sino reducirse sólo á encontrar la India, sobre cuya extensión é inagotables riquezas se tenía conocimiento exacto y á la cual podía llegarse más ó menos tarde dando un rodeo por Africa.

El rey Don Juan comprendió que accediendo á los deseos del marino, se creaba en la persona de éste como virrey un rival poderosísimo y peligroso, que poseería una renta descomunal.

Este recelo fué, sin duda, el que decidió al monarca á romper las negociaciones; pero esto no fué obstáculo para que dejase de estimar al gran descubridor, según prueba una carta dirigida á éste con fecha 20 de marzo de 1488, en la cual le da la distinción de llamarle *nuestro particular amigo*, afirmándole al propio tiempo que, en el caso de que quisiera hacer una visita á Portugal, no tenía nada que temer por parte de la justicia.

Según parece, en la época de sus negociaciones con Don Juan II tenía Colón muchas deudas, pues cuando fracasó su proyecto á fines del año de 1484, salió ocultamente de Lisboa, huyendo sin duda de sus acreedores.

Desde Portugal se dirigió al Mediodía de España, hallando en el duque de Medinaceli un influyente protector, que no sólo comprendió perfectamente su plan, sino que también le dió hospitalidad por espacio de dos años en su propia casa. Poco faltó para realizarse un arreglo entre estos dos sujetos, mediante el cual se comprometía el duque, que era inmensamente rico, á poner algunas de sus carabelas á las órdenes del descubridor; mas en el momento decisivo acometióle á Medinaceli el temor de que en el caso de que tuviese feliz éxito la navegación reclamase para sí la corona española los países descubiertos.

Estos justos recelos fueron los que impulsaron á Colón á exponer sus planes á los Reyes Católicos, hallando en el duque de Medinaceli un valiosísimo intermediario. También el obispo cardenal Mendoza de Toledo se puso de parte de Colón; así es que en enero de 1486 consiguió una audiencia de la reina, cuyo resultado fué el ingreso del navegante en el acompañamiento ó servidumbre de ésta.

Por más que fuese favorable por regla general la opinión de la corte respecto á los planes del genovés, se le animaba muy poco á la realización de ellos, pues mil acontecimientos, sobre todo la larga y reñida guerra contra los moros, absorbían por completo, no sólo la atención general, sino todas las fuerzas vivas del país, y los reyes apenas tenían tiempo de ocuparse en los asuntos de Colón.

Para examinar el proyecto del marino fué convocado un congreso de

hombres eminentes de la universidad de Salamanca; pero éstos tomaron el asunto con tanta calma que transcurrieron algunos años antes de que se resolviesen á dar contestación definitiva.

Si bien los motivos que, según *Las Historias*, tenía este congreso para estar en contra de los planes del almirante son imaginarios en su mayor parte, y sólo sirven para ensalzar más á éste, es indudable que Colón tuvo que sostener rudos combates contra esta junta, compuesta de teólogos en su mayor parte. Un obstáculo de no escasa importancia para la realización de su proyecto lo llevaba el genovés en sí mismo por la manera de presentarse que tenía, pues era un notable soñador religioso que, no sólo se aplicaba á sí mismo muchas profecías de la Biblia, sino que se consideraba además como un elegido de Dios cuya misión era volver á reconquistar el Santo Sepulcro para los cristianos (1).

Además creía próximo el fin del mundo y sentía la vocación de convertir antes, si era posible, á todos los herejes al cristianismo.

Esta soñadora y extravagante soberbia, unida á sus pretensiones desmedidas, debieron ser las principales causas por las que la mayoría de las personas que componían el congreso no se entusiasmaron por las ideas del italiano, sino que fueron de opinión de que los planes de éste eran vanos é irrealizables y descansaban sobre una base demasiado falsa para que mereciesen la protección del gobierno.

Y por más que Colón tenía en el congreso decididos partidarios, entre ellos Diego de Díaz, que fué más tarde arzobispo de Sevilla, no avanzaba un paso su asunto; así es que cuando en el año de 1491 declaró la comisión que hasta que no terminase la guerra contra los moros no podía ocuparse seriamente de su proyecto, decidióse á abandonar á España, donde le habían entretenido con promesas vanas por espacio de siete años.

Tan pobre como había llegado abandonó Colón la corte española; cogiendo de la mano á su hijo Diego, marchó con él á lo largo del valle de Río-Tinto, á pie, para llegar al puerto de Huelva. Así llegó al convento de franciscanos de la Rábida, en cuyos umbrales, según cuenta la tradición, cayó rendido de fatiga y de hambre.

Llamaron al prior y éste apiadóse de él, escuchó el relato de sus penas, y quedó tan penetrado de que eran factibles los planes del genovés después de un maduro examen, que le retuvo á su lado y dirigió una carta á la reina Isabel. Juan Pérez de Marchena era el confesor de ésta,

(1) Este convencimiento lo había demostrado Colón diferentes veces, por ejemplo en el diario de su primer viaje (26 de diciembre de 1492) y en una carta del año de 1503.

y á su calurosa carta, así como á su entusiasta intercesión cerca de la reina, la cual envió á buscar á Juan Pérez en cuanto recibió la carta, debió Colón el que se le asegurasen tres barcos para su empresa, recibiendo además 53 ducados para que pudiese presentarse convenientemente en la corte.

Colón dirigióse inmediatamente al campamento real, cuyo ejército sitiaba á la moruna ciudad de Granada, cuya pronta rendición se esperaba, y en cuanto ésta tuvo lugar y con ella el fin de la sangrienta guerra de reconquista, halló Colón dispuestos á los reyes á ayudarle seriamente en su proyecto de buscar un camino occidental para ir á la India. Pero cuando Colón puso sus condiciones, de las que por nada de este mundo quiso apartarse un ápice, fracasaron por segunda vez las negociaciones, pues los reyes temieron, y con razón, exponerse á un sinnúmero de conflictos si accedían á las desmedidas pretensiones del genovés. Entonces se dirigió Colón hacia el Norte, para probar fortuna en la corte de Francia, donde, según decía, se le habían hecho brillantes y seguras promesas. Pero durante su viaje se vió alcanzado por un correo de la reina, pues ésta se había dejado convencer por el cardenal Mendoza y su tesorero Luis de Santángel sobre los innumerables beneficios que el proyecto de Colón presentaba en lontananza. Como el correo le aseguró firmemente que la corte estaba decidida á acceder á sus pretensiones, volvió éste atrás, y el 17 de abril del año de 1492 se firmó en Santa Fe el contrato.

En seguida arregló Colón todo lo necesario para la realización de su empresa, y si bien hubo que vencer aún algunas dificultades, por fin, á principios de agosto había en el puerto de Palos tres carabelas dispuestas á hacerse á la mar á las órdenes del nuevo almirante. Estos tres barcos, que comúnmente están descritos como débiles, frágiles y apenas servibles embarcaciones, eran, por el contrario, según las mismas palabras del almirante, muy sólidos para aquella empresa, y estaban bien provistos de tripulación y provisiones. Colón mandaba la mayor de estas carabelas, llamada *Santa María*; la segunda, *La Pinta*, iba á las órdenes de Martín Alonso Pinzón; y la tercera, *La Niña*, la mandaba Vicente Yáñez Pinzón, hermanos los dos últimos, que no sólo alcanzaron gran renombre por el resultado favorable de la expedición, sino que con ella se enriquecieron mucho. Un tercer Pinzón, llamado Francisco Martín, desempeñaba en *La Pinta* el cargo de timonel.

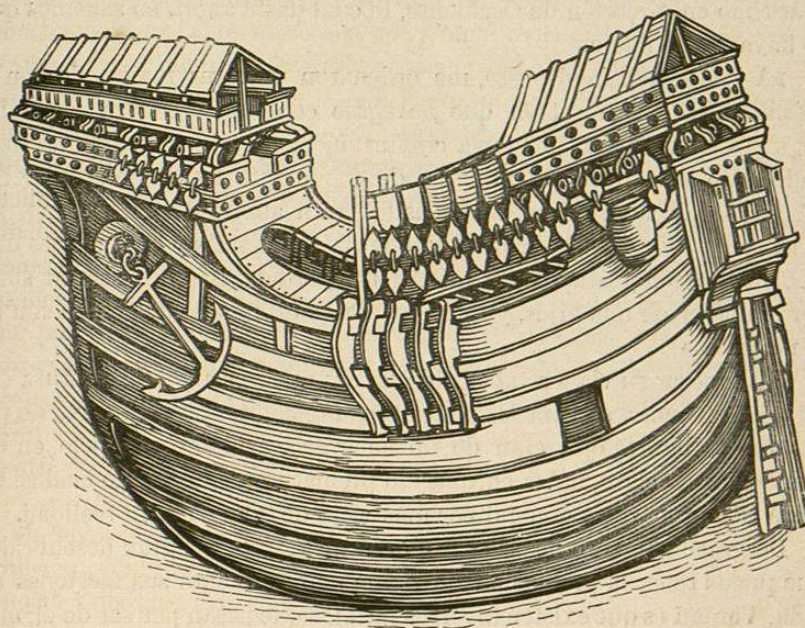
De gran interés son las ideas é impresiones que dominaban el ánimo del almirante al emprender su viaje. Están comprendidas en el extracto hecho por el P. Las Casas del diario de Colón y son como la introducción del mismo. Como en este párrafo se hallan al propio tiempo expresados los motivos de la travesía y permite también echar una ojeada sobre las

ideas religiosas del almirante, lo reproducimos entero á continuación:

«*In nomine D. N. Jesu Christi*

»A los más altos, más cristianos, más poderosos y más excelentes Soberanos el Rey y la Reina de España y de las islas del mar, nuestro Señor y nuestra Señora.

»Después que vuestras majestades en el presente año de 1492 hubieron terminado la guerra contra los moros y hecho la paz en la muy grande



Casco de una gran nave de fines del siglo xv.
Facsimile de un grabado en madera de la escuela de Alberto Durero

ciudad de Granada, vi el 2 de enero del mismo año ondear el pendón real, gracias á las armas, en las torres de la Alhambra, y vi salir al Rey moro por las puertas de la ciudad y besar las manos á vuestras majestades.

»En el mismo mes decidieron vuestras majestades, en su calidad de católicos cristianos y amantes propagadores de la santa y cristiana religión, y como enemigos del mahometismo y de toda idolatría y herejía, enviarme á mí, Cristóbal Colón, á las regiones de la India, de las cuales he dado parte á vuestras majestades, y ponerme á las órdenes del soberano Gran Jan, que significa en nuestro idioma Rey de los Reyes. Este soberano, lo mismo que sus antepasados, ha enviado mensajeros á Roma para pedir maestros que los instruyeran en nuestra sacrosanta religión,

á lo cual no ha accedido el Padre Santo, á consecuencia de lo cual han muerto muchos pueblos en el pecado é idolatría.

»Vuestras majestades decidieron enviarme á mí, Cristóbal Colón, á los nombrados países de la India, para conocer á los soberanos, pueblos y tierras de los mismos, y para enterarme de su vida, costumbres y relaciones, para saber qué camino debería emprenderse para propagar allí nuestra sacrosanta religión. También me ordenaron no ir á Oriente por tierra por el acostumbrado camino, sino descubrir á la India por un camino marítimo en dirección de Occidente, lo cual hasta ahora no sabemos que lo haya hecho nadie.

»A consecuencia de esto, me ordenaron vuestras majestades en el mismo mes del año 1492 que navegase con una escuadra hacia las regiones de la India, por cuya circunstancia me hicieron grandes mercedes. Me elevaron á la nobleza, de modo que tengo derecho á llamarme desde ahora Don. Me hicisteis gran almirante del Océano, así como virrey y gobernador perpetuo de todas las islas y continentes descubiertos ó conquistados por mí. Además, ordenasteis que sea mi sucesor el mayor de mis hijos, y que siguiera de este modo de generación en generación.»

Al empezar su viaje estaba Colón en sus mejores años. Su estatura era alta é imponente, su cara larga, ligeramente sonrosada y cubierta de pecas. Sus brillantes ojos eran de un color gris azulado, y su pelo, en un principio rojo claro, había encanecido prematuramente, por lo cual se tenía á Colón por regla general por más viejo de lo que era en realidad.

Desgraciadamente no se conserva ni un retrato del gran descubridor que pueda tener la pretensión de reproducir fielmente sus facciones en vida. Verdad es que existen diversos retratos que pasan por ser de él; mas apenas hay uno que se parezca al otro, tanto que el escultor encargado de hacer el monumento que la ciudad de Génova elevó á Colón, se vió precisado á no guiarse por ninguno de los retratos existentes, sino á modelar el busto según su propia inspiración, basada en las descripciones de los contemporáneos del célebre navegante.

Por lo tanto, nos limitamos á presentar sólo tres retratos del descubridor, uno de los cuales, el que encabeza este capítulo, se atribuyó al pintor español, contemporáneo del genovés, Antonio del Rincón, y el segundo es reproducción de un grabado hecho por el neerlandés De Bry. Este grabador y editor, que se había hecho célebre por sus obras á fines del siglo XVI, asegura que para hacer el grabado se había servido de un retrato de Colón hecho por mandato del emperador Fernando, y que el retrato original había sido robado de la sala del Consejo de Indias en España y llevado á los Países Bajos.



Las carabelas de Colón (según un grabado antiguo de la obra *Colón*, escrita por De Lorgues)

TRAVESÍA DE COLÓN POR EL OCÉANO Y DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Fecha memorable la del 3 de agosto del año de 1492, en cuyo día, después de haber confesado y comulgado el almirante y toda su tripulación, abandonaron con sus tres carabelas el puerto de Palos, empezando aquel viaje que en los anales de la historia de los descubrimientos geográficos es celebrado con razón como el más importante de todos, pues desde que existe la Tierra no hay precedente alguno de un acontecimiento de tanta importancia para sus habitantes y que por modo tan colosal cambiase la faz del mundo.

El nuevo descubrimiento de América caracteriza verdaderamente el derrumbamiento total de la Edad media y el principio de una nueva época, la cual con sus grandiosos acontecimientos é invenciones, actividad y ciencia, sobrepaja en gran manera á todas las anteriores.

Durante la navegación, en la que por cierto no abundaron las peri-